LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 30 DE SETIEMBRE DE 1889 — NÚM. 405

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

Notable historiador americano y ex-presidente de la República Argentina

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

Notable historiador americano y ex-presidente de la Rebública Argentina

En la corta, pero azarosa vida de la República Argentina hay dos períodos culminantes, dos puntos luminosos que señalan el nacimiento y la reorganización de un pueblo, que está llamado á desempeñar un papel principalísimo en la historia del mundo: el primero es el de la guerra de la independencia, el de las luchas heroicas y de los grandes sacrificios; el segundo es el de la organización política definitiva, el que señala el término de las discordias y de las rivalidades entre los pueblos de las diferentes provincias argentinas.

En el primero destácase en medio de una cohorte brillantísima de generales y patriotas la figura del general San Martín; en el segundo sobresale la personalidad del general Mitre.

Entre esos dos períodos hay un densísimo eclipse de más de seis lustros que ni los talentos y las iniciativas del estadista Rivadavia, ni los esfuerzos de algunos hombres de corazón y amantes de su país lograron desvanecer. El general Mitre con esa clara intuición de las cosas y esa penetración del porvenir que tienen los hombres superiores, comprendió lo urgente que era hacer cesar la situación anómala de la República, con sus divisiones, su fraccionamiento, sus luchas, sus antagonismos; por eso, apenas las circunstancias le pusieron en condición de perseguir con probabilidades de éxito la reorganización nacional y la unión de todas las provincias, puso mano á la obra con ese ardor y esa fe que animan á los apóstoles de las grandes ideas, de las causas nobles y justas.

El pueblo argentino, que presintiendo sin duda sus altos destinos, ya condenaba íntimamente el triste espectáculo de las discordias y rivalidades intestinas y lamentaba la continuación de un estado de cosas tan perjudicial á sus intereses y á su desarrollo, secundó con entusiasmo los propósitos y los actos del general Mitre; cuando en 1861, después de la batalla de Pavón ganada por aquel sobre las fuerzas del general Urquiza, se incorporó la provincia de Buenos-Aires á las demás de la República, no hubo oposición, ni resistencias, y cuando pocos meses después se convocó al pueblo á la elección de un presidente, el voto unánime de sus conciudadanos llevó al general Mitre á inaugurar la primera presidencia legal, puede decirse, de la República Argentina.

Este importantísimo hecho que señala el principio de una nueva era en la vida de un gran pueblo, la sencillez espartana con que vivió en el período de su presidencia, la honradez acrisolada de su vida pública dan á la personalidad del general Mitre un gran valor histórico y político y le colocan en la serie de los hombres superiores, de los hombres providenciales que, como Wáshington en los Estados Unidos, Mirabeau en Francia, Bolivar y San Martín en Sud-América, Cavour y Garibaldi en Italia, Bismarck en Alemania, aparecen en las épocas difíciles, en los períodos críticos en medio de los pueblos para salvarlos del naufragio inevitable de sus instituciones, para obtener con rapidez lo que antes se había anhelado inútilmente, para imprimir nuevo rumbo y nuevo carácter á la vida nacional.

Imposible encerrar en los estrechos límites que la naturaleza de la publicación impone á nuestro trabajo, no ya la biografía completa del general Mitre, sino una reseña rapidísima de sus actos, de sus obras, de sus cualidades; es una vida accidentada é interesante bajo el aspecto político, militar, literario y oratorio, una vida llena de luchas, de trabajos, de padecimientos, de contrastes, de nobles ejemplos, de grandes virtudes, de gloriosas derrotas, de legítimos triunfos.

No podemos seguirle en sus peregrinaciones por distintos países de América, ni en su paso luminoso por los ejércitos del Uruguay y de Bolivia, ni en sus numerosos combates contra los soldados del tirano Rosas, ni en todos los sucesos que después de la caída del tirano ilustraron su carrera militar, abrillantaron su carrera política; no podemos relatar las angustias de los destierros y de las persecuciones, las penalidades y estrecheces de la vida errante, las tristezas y las fatigas que abatieron alguna vez su cuerpo, pero nunca su alma enérgica y varonil; no podemos dar cuenta de sus innumerables trabajos periodísticos, ni demostrar su actividad incansable, ni dar una idea de su memoria prodigiosa, de su inteligencia vasta y asimiladora, de su concepción fácil y rápida, gracias á cuyas dotes podía estudiar, escribir, aprender, hacer artículos, poesías, libros en medio de los campamentos, entre las zozobras y las agitaciones de las marchas y de los combates; tenemos que limitarnos á exponer los hechos más salientes de su vida y más que todo á referir sin orden ni método algunas impresiones personales, ya que nos honramos con la amistad de hombre tan ilustre y tenemos la dicha de haberlo tratado.

Su carrera política empezó realmente en 1852, cuando regresó á su país después de quince años de ausencia forzosa y cuando ya se había hecho conocer y admirar en el Uruguay y Bolivia como militar inteligente y distinguido, en Chile como escritor y periodista. Sin embargo sólo tenía entonces 31 años. Tomó desde aquella fecha una parte activísima en todos los sucesos de la República Argentina y aun puede decirse que les imprimió el rumbo que consideraba más conveniente á los intereses y al porvenir de la nación. Su presidencia se citará siempre como modelo de gobiernos honrados y su nombre se colocará entre los nombres de los varones integérrimos que han ilustrado los primeros siglos de las grandes repúblicas antiguas y modernas.

Enemigo de toda imposición y escrupuloso observador de las leyes, capitaneó en 1874 una revolución contra el gobierno nacional que había ejercido en la elección de presidente una presión ilegal, y no dejó de secundar en 1880 otra revolución que estalló casi por idénticas causas; pero el temor de envolver á su patria en una desastrosa guerra civil, la persuasión de que el mismo progreso del país traería una reacción en las costumbres políticas, le hicieron retroceder y sacrificar su popularidad en aras del orden y de la concordia.

Durante el período de su presidencia estalló la guerra con el Paraguay. Fué nombrado general en jefe de los ejércitos aliados de la República Argentina, del Brasil y del Uruguay, cuyos dos países ya se hallaban en guerra con aquella nación, y allí confirmó los talentos militares y las dotes de mando que ya había demostrado en sus campañas contra las tropas de Rosas, contra los indios y contra los ejércitos de Urquiza.

Como orador ha sido una de las figuras más prominentes del parlamento argentino, distinguiéndose de entre una pléyade de oradores notabilísimos, y decimos que ha sido, porque los gobiernos que desde hace años vienen sucediéndose en la Argentina practican las instituciones democráticas de tal modo que sólo permiten entrar en el parlamento á los hombres sumisos que se prestan á secundar sus voluntades y se oponen por todos los medios al nombramiento del general Mitre y de otros que puedan estorbarles.

Como escritor ha publicado la *Historia de Belgrano* y recientemente la *Historia de San Martín*, dos obras voluminosas que le han colocado de un golpe á la cabeza de los historiadores sud-americanos y que cuando sean debidamente conocidas y apreciadas en Europa harán se le considere como uno de los grandes historiadores de nuestros tiempos.

Ni son estas las únicas producciones literarias de ingenio tan fecundo, que en medio de las tareas que abruman al jefe de un Estado, al jefe de un partido, al general de un ejército en campaña, no descuidaba el cultivo de las letras y hallaba tiempo para hacer investigaciones históricas y preparar los materiales para sus obras. En su edad juvenil publicó un tomo de *Rimas*, más tarde coleccionó algunas de sus *Arengas* así como algunos trabajos que andaban dispersos en periódicos y revistas. Recientemente, con general sorpresa, dió á luz la traducción de cuatro cantos de la *Divina Comedia* de Dante, anunciando que tenía muy adelantada la traducción completa de la obra inmortal del gran poeta florentino y que la publicará dentro de poco. Eminentes literatos españoles y americanos han emitido juicios halagadores sobre la traducción de los cuatro cantos publicados, considerándola muy superior á la del conde de Cheste, y alentándole á terminar la obra y enriquecer pronto con ella á la literatura hispano-americana.

Las campañas periodísticas del general Mitre no son menos interesantes, ni menos gloriosas que sus campañas militares y políticas. Se pierde la cuenta de los periódicos que ha redactado, de los artículos que ha escrito; pero su mejor título será siempre el de haber levantado á la altura en que se encuentra el diario *La Nación*, que es actualmente el mejor y más poderoso de la América del Sud, y sin duda alguna uno de los mejores y más importantes diarios del mundo. Es verdad que en la empresa difícil de levantar un periódico que durante muchos años, á pesar de la popularidad de su dueño, quedó postrado y languideció en la indigencia, ha sido coadyuvado por hombres expertos, por inteligencias poderosas; pero le corresponderá siempre la mayor gloria, como corresponde á un general en jefe el mérito principal de un triunfo obtenido sobre el enemigo.

El general Mitre tiene ahora 68 años, pero á pesar de los contratiempos y de las borrascas de su vida, es fuerte y robusto, conserva todas sus energías intelectuales y físicas, como lo prueban sus trabajos recientes. Si por una parte parecen quedarle muchos años de vida, que le auguramos de todo corazón, por otra aun caben esperar muchos frutos de su ingenio privilegiado.

Fácil es presumir que si pudiésemos relatar algunos rasgos personales, exponer la impresión que nos ha hecho su trato, referir algunas peculiaridades de su fisonomía y de su traje, llenaríamos este y otros números de la Ilustración, escribiendo un libro en vez de un breve artículo; nos limitaremos, por consiguiente, á decir que una herida que recibió en 1853 ha dejado en su frente una cicatriz que parece un signo indeleble puesto allí por una mano providencial para que estuvieran á todas horas de manifiesto los servicios por él prestados á la patria, las luchas sostenidas por la libertad y por el progreso.

Vive retirado en la misma casa que el pueblo agradecido le regaló al terminar el período de su presidencia; era todo el caudal que tenía entonces el que acababa de unir y reorganizar la nación, el que había sido ministro de la guerra, de gobierno y de relaciones exteriores, gobernador de Buenos Aires, general en jefe de varios ejércitos y presidente de la República. Si aquel caudal se ha multiplicado y hoy representa algunos millones, débelo únicamente á sus esfuerzos y á su trabajo.

Hace cuanto puede, dentro del terreno legal, para reducir al buen camino á los hombres que gobiernan y hacer cesar la anómala situación política en que se encuentra desde hace años la República Argentina: si tuviese ambición, si no antepusiese á todo el bienestar y el progreso de su patria, se habría ido á la emigración, se habría lanzado á la guerra y á la revolución, y le habrían sobrado elementos para trastornar á su país; pero cree que es preferible tolerar los males que acarrean los abusos y la violación de los derechos y de las libertades del pueblo antes que alterar el orden y la tranquilidad de un país que tanto necesita de ellas para sus progresos materiales. Sabe que la fuerza misma de las cosas ha de imponerse á los que se niegan á reconocer su realidad tangible; no duda que el choque de los intereses políticos y de los intereses materiales, el contraste que existe entre la vida oficial y la vida nacional han de traer naturalmente una reacción, y por eso espera confiado, y ni el fracaso de sus tentativas, ni la esterilidad de sus esfuerzos le desalientan.

Entregado á sus trabajos literarios y á sus estudios, porque el general Mitre ha estudiado siempre y estudia todavía, estando como pocos al corriente del movimiento político y literario de Europa y América, toma escasa participación en las fiestas públicas, en las solemnidades sociales; pero allí donde hay un hecho plausible que celebrar, una obra fecunda que emprender, un sentimiento noble que enaltecer, una idea generosa que secundar, nunca falta la presencia, ó cuando menos el nombre y el apoyo del general Mitre.

Tampoco toma hace tiempo una participación directa en las tareas de su diario: lo ha puesto bajo la dirección inteligente de sus hijos y lo deja confiado á sí mismo, persuadido de que ya no necesita de su concurso para seguir prosperando, porque su vida robusta y sus elementos poderosos le permiten introducir continuas innovaciones y sostener una redacción numerosa y competente

De vez en cuando, sea por su cumpleaños, sea por otro concepto, se improvisan y se le hacen en Buenos Aires manifestaciones imponentes, ruidosas, entusiastas. En esos días pone de relieve su temple férreo y sus dotes oratorias, hablando con inspiración á las multitudes, improvisando con envidiable facilidad varios discursos en el espacio de breves horas, contestando á las felicitaciones de centenares de personas. También evidencia el dominio completo que tiene sobre sí mismo; como no le han seducido las grandezas del poder, no le ofuscan los elogios, apreciándolos en lo que valen. Es el primero en reconocer los méritos ajenos; su alma grande no puede abrigar, ni ha abrigado nunca, un sentimiento mezquino.

Es popularísimo en toda la América del Sud; en Europa, á lo menos en la Europa latina, es conocido y apreciado por los primeros hombres de letras, por muchos hombres políticos y por todos los que siguen el movimiento político y literario de las jóvenes naciones americanas; pero su nombre merecería ser tan conocido por todos como lo es el de Castelar, como lo son los nombres de otros estadistas europeos que se repiten todos los días y sobre los cuales se concentra la atención general. Cúlpese en parte de este olvido á él mismo, que nunca ha querido – sin duda por causas independientes de su voluntad – venir á recibir los aplausos que los españoles, como los franceses y los italianos, no niegan nunca á los hombres que por sus hazañas, por sus obras, por sus virtudes, por sus talentos, son acreedores á la admiración y á la gratitud de los pueblos.

José Ceppi

ENCUADERNACION EN PLATA DORADA del «Libro de oraciones» ilustrado por A. Sinibaldi

Dibujo de la señorita V. M. Herwegen (Biblioteca de Munich)

Entre las preciosidades que contiene la Biblioteca de Munich ocupa lugar preferente el *Libro de oraciones* que para el duque Alberto de Baviera ilustró en 1485 Sinibaldi ó Sinibaldo Ibi, llamado también Sinibaldo de Perusa.

La minuciosa perfección de las miniaturas, la gracia de los personajes en ellas representados y el empleo de tonos francos tales como el verde vivo, el amarillo limonado y el rojo anaranjado, indican claramente que esa obra de arte pertenece á la escuela umbriana y data de fines del siglo décimoquinto. Los marcos de las miniaturas, los florones y las viñetas, á veces demasiado delicadas, están prodigadas en todo el libro y se suceden sin repetirse nunca presentando en cada página nuevas combinaciones ornamentales.

En cuanto á la encuadernación en plata dorada, basta ver el grabado que reproducimos para comprender su riqueza y para admirar su artística elegancia: la pureza de las líneas generales, la finura con que están trabajados los menores detalles y las innumerables bellezas que ofrece una ornamentación profusa pero en manera alguna recargada, acusan á la legua el cincel de aquella escuela que precedió al Renacimiento y que hacía presentir al gran maestro florentino, al incomparable Benvenuto.

DECAMERÓN, cuadro de Cassioli

En una estancia adornada con todo el lujo de la época hállase reunida al amor de la lumbre y formando un grupo encantador la familia del príncipe congregada para escuchar las picarescas narraciones con que entretiene sus veladas el amigo favorito. Los alegres rostros de los oyentes no permiten abrigar la menor duda sobre el género á que el cuento pertenece: trátase evidentemente de una de aquellas graciosas historietas que reunidas bajo el título de Decamerón han alcanzado universal fama. El narrador, como buen italiano, acompaña con gráfica mímica sus palabras; sus ojos brillan maliciosamente y en su boca se dibuja una sonrisa irónica. ¡Bien puede darse por satisfecho del efecto que su cuento produce en el auditorio! El príncipe sobre todo da rienda suelta á su alegría y á buen seguro que sus estrepitosas carcajadas despiertan á más de un morador del silencioso castillo.

Por satisfecho puede darse también el inspirado autor del cuadro: las sonrisas placenteras que asoman á los labios de cuantos ven su obra tienen tanto valor como los más estrepitosos aplausos y demuestran que el artista ha dado en el blanco, como vulgarmente se dice.

ENTRADA DE PRIMAVERA, cuadro de Roberto Russ

Este cuadro del famoso pintor vienés fué considerado como una de las perlas de la última Exposición Internacional Artística de Munich y en verdad que merece tal calificación porque difícilmente puede reproducirse con más verdad, con más delicadeza, con más arte y con más poesía ese hermoso período en que la naturaleza saliendo del invernal letargo cubre de hierba los prados, de capullos las plantas y de retoños y botones los árboles. ¡Cuán bien sentidos el bosquecillo y la extensa llanura, cruzado aquél por pintoresco camino que se pierde en el horizonte y surcada ésta por mansos arroyos en donde de un modo admirable se reflejan los esbeltos troncos y las ramas todavía desnudas de follaje! El cuadro de Russ tiene vida, el paisaje se aleja, la atmósfera es transparente, las pocas y diminutas figuras que contiene se mueven y el sol inunda la tierra con los tibios rayos precursores de la primavera: en una palabra, al contemplar esa obra parece que se respira el ambiente propio de la más bella estación del año y que se asiste al grandioso espectáculo del despertar de la naturaleza.

LA EDAD DE PIEDRA, cuadro de Cormon

(Exposición decenal de Bellas Artes en París)

Fernando Cormon nació en París en 23 de diciembre de 1845 y fué discípulo de Cabanel, Fromentin y Portaels: á la edad de veinticinco años su cuadro *Las bodas del Niebelungo* le conquistó una medalla en la Exposición y á los treinta obtenía el premio del Salón por su *Muerte de Ravana*, rey de Lanka.

Muchos y excelentes cuadros han salido de su pincel, todos notables por el vigor del colorido y por lo atrevido de la composición, pero ninguno acusa de un modo tan maravilloso estas dos cualidades como su *Edad de piedra*, que tan justamente celebrado ha sido en la última Exposición decenal de Bellas Artes, de París.

Grandiosidad y originalidad en el asunto, facilidad y energía en la ejecución, conocimiento científico del tema escogido: tales son las principales condiciones que reune ese lienzo. Todo lo agreste y salvaje de la naturaleza de las edades prehistóricas, toda la rudeza de las primeras armas, de los primeros utensilios, de las primeras viviendas, toda la fiereza del hombre primitivo y de las primitivas costumbres, todo eso lo encontramos condensado en la obra de Cormon, hermoso reflejo de aquella edad que se oculta entre las tinieblas de un remoto pasado.

La paleontología rebuscando en las entrañas de la tierra ha encontrado objetos y fragmentos de esqueletos que le han permitido reconstruir por medio de un procedimiento científico los hombres, los animales y las cosas de aquellos tiempos hasta hace poco completamente desconocidos; la potente imaginación de Cormon ha hecho mucho más, ha reconstruído con la intuición del genio aquella sociedad legendaria pintando una escena y presentando unas figuras que sintetizan el salvajismo, el embrutecimiento, el modo de ser todo, en una palabra, de una época que constituye uno de los primeros eslabones de la inmensa cadena por donde la humanidad ha llegado á la bondad de la cultura moderna que, á su vez, es sólo un punto de partida hacia la perfección de las civilizaciones futuras.

SUPLEMENTO ARTISTICO

RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIRO cuadro de Alberto Keller

«Y llegan á la casa del príncipe de la Sinagoga, y ve el ruido, y á los que lloraban, y daban grandes alaridos. – Y habiendo entrado, les dijo: ¿Por qué hacéis este ruido y estáis llorando? la muchacha no es muerta, sino que duerme. – Y se mofaban. Pero él echándolos á todos fuera, toma consigo al padre y á la madre de la muchacha, y á los que con él estaban, y entra donde la muchacha yacía. – Y tomando la mano de la muchacha, le dijo: *Talitha cumi*, que quiere decir: Muchacha, á tí te digo, levántate. – Y se levantó luego la muchacha, y echó á andar: y tenía doce años: y quedaron atónitos de gran espanto...» (San Marcos, 5).

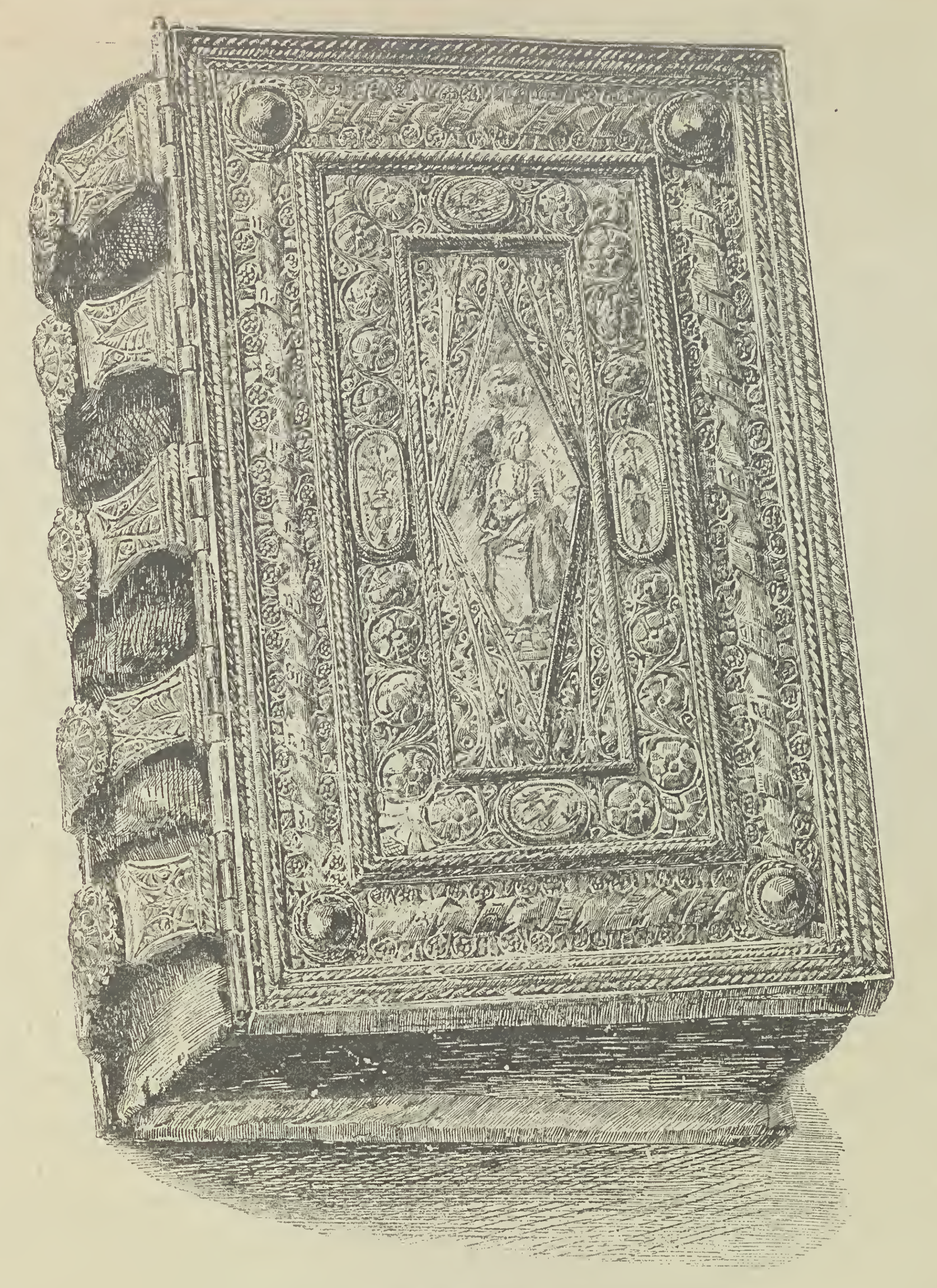
Tal es la conocida escena bíblica que Keller ha reproducido en su magnífico lienzo, admiración de cuantos lo vieron en la Exposición del Jubileo de Berlín, de 1886, así por la perfección de las formas como por la riqueza y hermosura de los colores. Cierto que el pintor ha atendido mas que á la verdad arqueológica á los impulsos de su sentimiento pictórico, así es que las principales figuras de su cuadro tienen un carácter de modernismo poco en armonía con el tiempo y el lugar en que ocurrió el milagroso suceso; pero ¿qué significa esto al lado de las infinitas bellezas que el genio, la inspiración y una ejecución prodigiosa han acumulado en esa obra?

Keller es suizo, pero desde muy joven se trasladó á Munich en donde cursó filosofía y derecho, estudios que pronto abandonó para dedicarse á la pintura, arte en el cual ha obtenido grandes triunfos, no siendo el menor el que le valió su *Sueño de brujas* que hace poco reprodujimos en esta Ilustración.

Alberto Keller, que en la actualidad cuenta cuarenta y cinco años, es considerado en Alemania como el primer colorista en el género histórico, pues afanoso siempre por encontrar nuevos efectos ha sabido crearse un estilo propio por ningún otro igualado: para él cada cuadro es un nuevo problema de colorido y el éxito una vez

logrado no le mueve á cesar en sus esfuerzos, antes bien le impulsa á aumentarlos para que al que ha terminado sobrepuje el cuadro que tiene en proyecto.

La nota característica de Keller es lo que podemos llamar modernismo, la mejor condición indudablemente que puede tener un pintor así para su tiempo como para la posteridad, pero su modernismo está más en su modo de ser que en su manera de expresar, razón por la cual sus obras no son tan apreciadas por el vulgo como por aquellos que buscan en las bellas artes algo más que una reproducción ó una creación vaciada sobre moldes conocidos.



ENCUADERNACIÓN EN PLATA DORADA DEL «LIBRO DE ORACIONES»

Dibujo de la señorita V. M. Herwegen (Biblioteca de Munich) ilustrado por A. Sinibaldi. Florencia, 1485

EL PIE DE LAS DAMAS

El calzado debió ser sin duda alguna, de las primeras cosas que trató de proporcionarse el hombre, para resguardo y protección de su cuerpo; pero desde las pieles toscas y sin curtido que en un principio sirvieron de envoltorio de sus pies, hasta el calzado artístico y primoroso de los pueblos civilizados, hay una inmensa diferencia.

Asimismo entre el que en todo tiempo han usado las gentes rústicas y las de calidad, la diferencia ha sido grande y hasta en el día podemos observarlo todos.

Un siglo en el cual el calzado fué, sobre todo en la mujer, parte muy principal de su aliño, y objeto hasta de la atención del legislador, fué el XVII, tan singular, en nuestra España, en muchas cosas y no poco en lo que al vestido en general se refiere, pues así como en el día es Francia la que da la norma en lo que se llama la *Moda*, fué entonces nuestra patria la que se distinguió por lo caprichosa y mudable en lo que al vestido se refería.

Así lo atestigua el doctor Jerónimo de Alcalá, en su novela *El Donado hablador* (1) cuando dice: «Nuestra España de cada día usa nuevos trajes, no bastando pragmáticas y provisiones para remediar tan innumerables gastos, sacando cada uno nueva traza, nuevo modo de vestir, no más de como le pasó por la cabeza, imitándole todos como á verdadero restaurador de las galas y de mayor curiosidad, ya perdida en el mundo. Usa el italiano, el francés, el flamenco, el inglés, el turco, el indio, desde que tuvo principio su nación, de una misma forma de vestido, sin haber mudado ni el uno ni el otro el turbante y sólo el español es variable.»

El mismo escritor hace notar en el propio pasaje de su libro la diversidad de formas de calzado en su tiempo usado, diciendo de los zapatos: «unos vi redondos, otros puntiagudos, de una suela, de dos, de tres y de cuatro; otros romos, con orejas y sin ellas, largos de pala y corta, y si en el calzado es esto, ¿qué será en lo demás?»

Fácilmente se ocurre que la mujer fué la que en esto de la variedad y singularidad del calzado, había de inventar y discurrir más, ó por lo menos la que debía acoger con más avidez los caprichos de la moda, por extravagantes que pareciesen.

Y ya que nombro la *Moda*, diré que este vocablo constituía por entonces una cosa nueva, y por tanto no era de todos conocido, por más que lo fuese de los *lindos*, como en aquel tiempo se llamó á los que hoy *gomosos* ó *pschutt*, en la jerga de los salones, que también la tienen.

En prueba de ello se ve en la comedia de Moreto *El lindo Don Diego* (como si dijera *El elegante Don Diego*) que el protagonista dice enojado á sus criados Martín y Lope, que le están vistiendo y aliñando:

DON DIEGO. ¡Que no aprendas á poner
Los espejos *á la moda!*
MARTÍN. Di cómo y no te alborotes.
LOPE. ¿Qué es *moda?*
DON DIEGO. ¡Mi rabia toda!
¡Que no sepan lo que es moda
Hombres que tienen bigotes!
(Jor. I, esc. VIII.)

El mismo poeta dice en otra comedia, en *De fuera vendrá*... hablando de cierto caballero, que iba

Vestido de la flamenca,
Que ahora llaman *á la moda.*
(Jor. III, esc. VII.)

Hasta entonces se había dicho *al uso*, en vez de *á la moda*, frase más francesa que española; por eso, habiendo escrito D. Antonio de Solís su comedia *El Amor al uso*, fué traducida al francés por Scarrón, con el título de *L'Amour à la mode.*

(1) Parte II, cap. VI.

Este fué el siglo de oro de los *chapines*, género de calzado exclusivo de las damas, dejando para las plebeyas, para criadas y mujeres del montón, las *chinelas* y *ponlevíes*, dando este último nombre á ciertos zapatos con tacón de madera, que tenía aquel nombre, y que por extensión alcanzaba á todo el zapato.

En *El escondido y la tapada*, de Calderón, dicen don César y el gracioso Mosquito, á los respectivos dueños de su cariño:

DON CÉSAR Hasta llegar á tus brazos,
Hermosa Celia, no sé
Si tuve vida; y así,
Pues que mis ojos te ven,
Dame, señora, á besar
Todo el *chapín* de tus pies.
MOSQUITO Y á mí todo el *ponleví*
De tus zapatos, Inés.
(Jor. I, esc. XII.)

Encomios en verso y prosa de los primeros escritores, mereció la gracia y garbo con que damas y fregonas sabían usar aquellos empinados chapines y redomados ponlevíes, y así decía Quevedo de cierta moza de rejo:

Que solamente Elvirilla,
A quien adora el virote,
Tiene el *ponleví* con vida
Y con alma los talones;

mientras que ponderando lo exquisito de una dama escribió:

Dicen la tierra que pisa
Recienacidas las flores,
Y el ruido de sus *chapines*
Es filomenas y prognes,

comparándole con el gorjeo de las aves.

Y no puede dudarse de que destreza y no poca habilidad eran necesarias para *esgrimir*, como dijo el mencionado D. Francisco, aquel calzado, si se tiene presente su estructura.

Amén de las telas ricas de que se hacían, como el *tabí de plata*, el *chamelote* y *terciopelo* (2), había que observar en ellos tres cosas principalmente, á saber, las *virillas*, los *moños* ó *rosetas* que los adornaban en el empeine, y los elevados *tacones*.

La vira ó *virilla* era en el calzado una tira cosida entre la materia de que estaba hecho el chapín y su suela, y si bien el objeto principal era darle fuerza, á las damas sirvió de pretexto para la riqueza y adorno de aquél.

Porque la virilla había de ser de plata ó la dama no era de las *bien prendidas*, como entonces se llamó á las que hoy *elegantes*.

El seductor D. Juan Tenorio, en *El Burlador de Sevilla*, de Tirso, halaga á la aldeana Aminta, pintándole las galas que ha de regalarle, si accede á su amor, y le dice:

DON JUAN

¡Ay, Aminta de mis ojos!
Mañana, sobre *virillas*
De tersa plata, estrellada
Con clavos de oro de Tíbar,
Pondrás los hermosos pies.
(Act. III, esc. VII.)

El mismo poeta, en *La celosa de sí misma*, hace que el lacayo Ventura diga á D. Melchor, que la dama que le ha cautivado llevaría

Chapín con vira de plata,
Crujiendo á ropa de seda.
(Act. I, esc. III.)

El Padre Fray Tomás Ramón, en su libro *Premática de reformación contra los detestables abusos de los afeites*, censurando el traje de excesiva gala que, para su clase, usaban algunas mujeres, decía: «Señor, que fulana lleva basquiña de raja, manto de soplillo, manguito ó regalillo y *chapines con vira de plata.*»

Los lazos ó *moños* eran otra de las cosas que había que notar en los chapines.

En la comedia *El ofensor de sí mismo*, de D. Diego de Monroy, dice el criado Senacho de una dama que

Chapines traía también
Y *moños* en los chapines.
¡Grande bobería es
Poner sobre la cabeza
Lo que tienen á los pies!
(Jor. II, esc. III.)

El criado Millán, en *La mal casada*, de Lope de Vega, pondera el pie que vió á cierta dama la bajar del coche, y dice:

No con más gallardete y banderola
La galera al salir la jarcia encubre,
Que el chapín, con *virillas* y *lazadas*,
Unas de *plata* y otras encarnadas.
(Act. II, esc. I.)

Pero lo más notable eran los tacones tan elevados que en los chapines se usaban.

Como eran tales, para que no pesasen demasiado é hiciesen por tanto incómodo el calzado, labraban los tacones de láminas de corcho sobrepuestas, y así se decía chapín de cuatro corchos, de seis corchos, etc., habiendo mujer que llevaba hasta doce, dando á los chapines una desmesurada altura.

Así en la novela ya citada *El Donado hablador* se dice de una dama que «salió sobre *media vara de chapines*, con sus virillas *de plata*, de un gran geme» (*Primera parte. Cap.* IV.)

En *Por el sótano y el torno*, del Padre Téllez, reprende doña Bernarda á otra dama, porque ha tropezado, por mirar á hurtadillas á su galán, y le dice:

D.ª BERNARDA. Llevas sin tiento los pies,
Por tropezar con los ojos:
¿De *tres corchos* de chapín
Caes? ¿Qué hicieras *de doce?*
(Act. II, esc. I.)

Por eso, sin duda, en *El celoso prudente* hace decir el mismo poeta á Gascón:

Chapines he visto yo,
De *corcho* y altura tanta,
Que á una enana hacen giganta.
(Act. III, esc. X.)

En cambio, aquella elevación dificultaba el andar á las mujeres, y por eso dijo algún malicioso que

Dió los chapines *el uso*
Porque no puedan correr,
Para alcanzarlas de presto (3).

(2) Según Lope, en su GATOMAQUIA, llevaba Zapaquilda en el sarao *chapines de tabí*. Cervantes pinta á Esperanza, en LA TÍA FINGIDA, con chapines de *terciopelo negro;* en *El villano en su rincón*, del citado Lope, dice Lisarda que siempre usó en la corte *dorado chapín.*

(3) En la ya citada comedia de Monroy *El ofensor de sí mismo.* Obsérvese que, como he dicho, aquí se emplea la palabra *uso*, en la acepción de *moda*, por ser aquélla la corriente en castellano.

Ya Benavente las había motejado en su entremés *El soldado*, con pretexto de los chapines y otros adornos, diciendo de ellas:

> Vuestra ligereza
> Se ve hasta en las galas:
> *Corchos* en los pies,
> En el cuerpo *paja* (1),
> En los hombros *humo*,
> Vidro en las gargantas;
> En todo sois livianas,
> Sólo en las condiciones sois
> [pesadas.

Por cierto que Valencia debía tener fama para trabajar el calzado, pues en el *Quijote* de Fernández de Avellaneda, hablando el contrahecho héroe manchego, con don Alvaro de Tarfe, de que la mujer, para no tener defecto, debe ser de elevada estatura, dice: «aunque es verdad que esta falta muchas damas la remedian con *un palmo de chapín valenciano*.» (Cap. I.)

También *La Pícara Justina*, de Francisco López de Ubeda, bajo cuyo nombre parece se ocultó Fray Andrés Pérez, dice que se puso «unas chinelas *valencianas*, con unas medias lunas plateadas.» *(Segunda parte. Lib. II, cap. I.)*

La política de entonces autorizaba á los poderes públicos para dictar leyes, que hoy parecerían absurdas y contrarias al desarrollo de la riqueza del país. Tales eran las leyes suntuarias, tan repetidas en nuestros códigos, repetición que por lo menos demuestra que eran inútiles, pues no se guardaban por aquellos leales vasallos, y sobre todo por las vasallas.

(1) En lo de la paja alude á los grandes ahuecadores, llamados *guardainfantes*, que algunas rellenaban de paja. En lo de *humo* se refiere á los mantos llamados de *humo*, por la sutileza de las telas de que se hacían.



DECAMERÓN, cuadro de Cassioli

Así el Consejo de Castilla, por auto de 1639, prohibió á las mujeres que usasen las faldas de mucho ruedo, como los *verdugados*, cuando calzasen zapatos; y se lo consintió tan sólo llevando chapines, pero estos debían tener, por lo menos, *cinco dedos* de tacón. No anduvo parco el Real Consejo.

Cuando Felipe IV subió al trono, mancebo de diez y seis años, quiso, ó quisieron sus consejeros, que apareciese muy austero con ciertos abusos, y publicó su famosa *Pragmática de reformación de las costumbres*, de 11 de febrero de 1623.

Así hicieron los que le rodeaban, que aquel rey, tan galante después, se enconase principalmente con los usos, galas y afeites femeniles, y en dos ocasiones sobre todo se extremó aquel rigor.

Fué la una en 1621. La calle Mayor y Puerta de Guadalajara de la corte era donde estaban las tiendas ó *lonjas* de los mercaderes de más caudal, y allí tenían las suyas Martín Fernández, Josef de Ontiveros y Quintín Pueyro, norte y guía en aquel tiempo de las damas que presumían de tener la palma de la elegancia (2).

Aquellos joyeros, que en días de entradas de reyes y príncipes ostentaban para adorno de las fachadas de sus tiendas, los verdaderos tesoros que de plata, oro, piedras y telas ricas en ellas guardaban, no sólo vendían alhajas sino también todas aquellas chucherías y dijes que constituían el encanto de las mujeres y eran la pesadilla de padres, maridos y galanes.

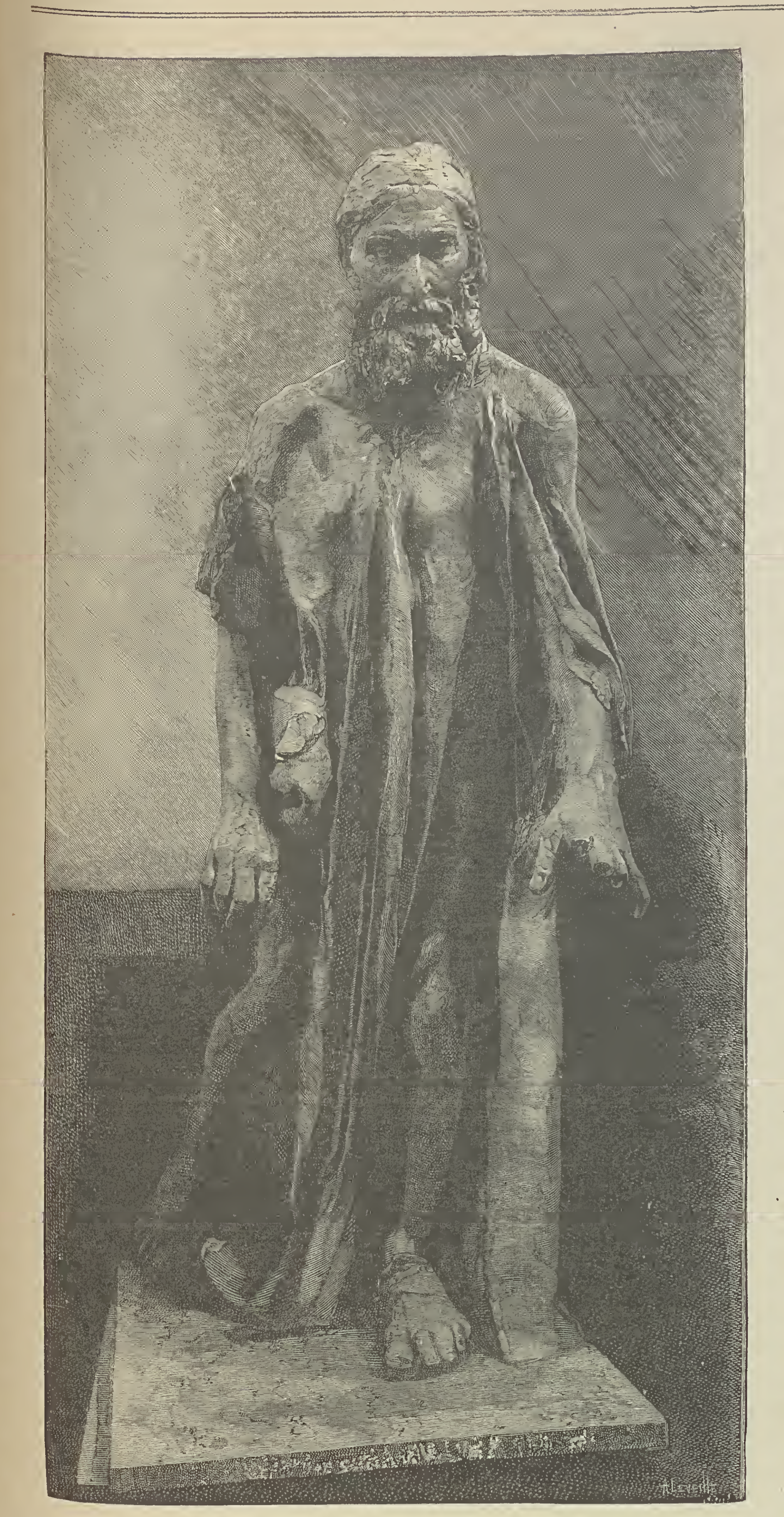
Y contra esas lonjas se dirigieron las iras del muy alto Consejo de Castilla, porque seguramente alguno de aquellos graves consejeros habría visto demasiadamente embelesadas ante ellas, ó lo que todavía era peor, dentro de ellas, á sus señoras mujeres ó á sus hijas, y quién sabe si á alguna daifa del daca y toma, que sacase de sus casillas á tal cual severo magistrado, que todavía guardaba su alma en su almario.

(2) De estos mercaderes hace mención Francisco Santos, en su libro *El no importa de España*, y los cita entre los más famosos de Madrid.

ENTRADA DE PRIMAVERA, cuadro de Roberto Russ



RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIRO, CUADRO DE ALBERTO KELLER



CIUDADANO DE CALAIS, fragmento del grupo de A. Rodin

Pero para mejor demostración, transcribiré un párrafo de cierta carta de 21 de octubre de 1621, que archivada se conserva en la Biblioteca Nacional (1).

Dice así: «Dióse rebato en las tiendas de los *joyeros* de la calle Mayor y Puerta de Guadalajara y sacóse por justicia todas las valonas, zapatillas bordadas, almillas, ligas, bandas, puntas, randas, abanillos, puños aderezados y otras galas de mujeres á este modo y otras cosas de que se les había avisado muchas veces por el Consejo que no surtiesen sus tiendas y en rebeldía hicieron los Alcaldes esta diligencia por orden del señor Presidente y aquella misma noche quemaron parte en la calle Mayor, avaluado en valor de muchos ducados, y dícese que será principio para grandes reformaciones en trajes, cuellos y vestidos, por ser cosa supérflua lo que en esto se pasa.»

En 1623, cuando salió en marzo la pragmática ya mentada, se llegó hasta quitar á las mujeres de los pies las virillas de plata de sus chapines (2), violencia que nuestro siglo ha visto repetir, cuando en las calles cortaron las *galgas* de los zapatos á las damas madrileñas.

Teresa, la mujer de Sancho Panza, en el Quijote de Cervantes, señaló bien la diferencia que en las clases sociales demostraba el calzado femenil, cuando dijo al futuro gobernador de la ínsula Barataria, hablando de la hija de ambos: «Eso no, Sancho, casadla con su igual, que es lo más acertado, que si de los *zuecos* la sacáis á *chapines*, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyana y de una Marica y un tú á una Doña Tal y señoría, no se ha de hallar la mochacha, etc.» (Part. II, cap. V.)

(1) Legajo X. – 157.

(2) Así lo refiere otra carta de 12 de marzo de 1623, conservada en el legajo citado.

Por cierto que Sancho Panza, una vez hecho gobernador, entre otras cosas «moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corría con exorbitancia.» (Part. II, cap. LI.)

Calzar chapines era frase entonces equivalente á la moderna *vestir de largo*, porque las mujeres no usaban aquel calzado hasta que llegaban á la pubertad. Bartolomé Argensola escribió un soneto á doña María de Aragón, séptima duquesa de Villahermosa, cuando *saliendo de menina se calzó chapines*, y el festivo doctor Juan de Salinas dedicó unas décimas á doña Manuela de Alcázar, *cuando niña se puso chapines la primera vez.*

Mucho más pudiera escribir de chapines y ponlevíes, chinelas y zapatillas perfumadas con ámbar, pero sería dar extensión demasiada á este artículo, y pues de calzado se trata, hora es ya de darle por el pie.

Julio Monreal

AUGUSTO RODIN, notable escultor francés, autor del grupo *Ciudadanos de Calais*

Respetables motivos de delicadeza unidos á exigentes susceptibilidades nos impiden escribir la biografía de una persona viva: la existencia del que aun vive tiene derecho no sólo al respeto sino también al misterio. No hablaremos, pues, de la vida de Rodin; únicamente nos limitaremos á fijar en pocas líneas algunos rasgos sueltos de su genio potente é innovador.

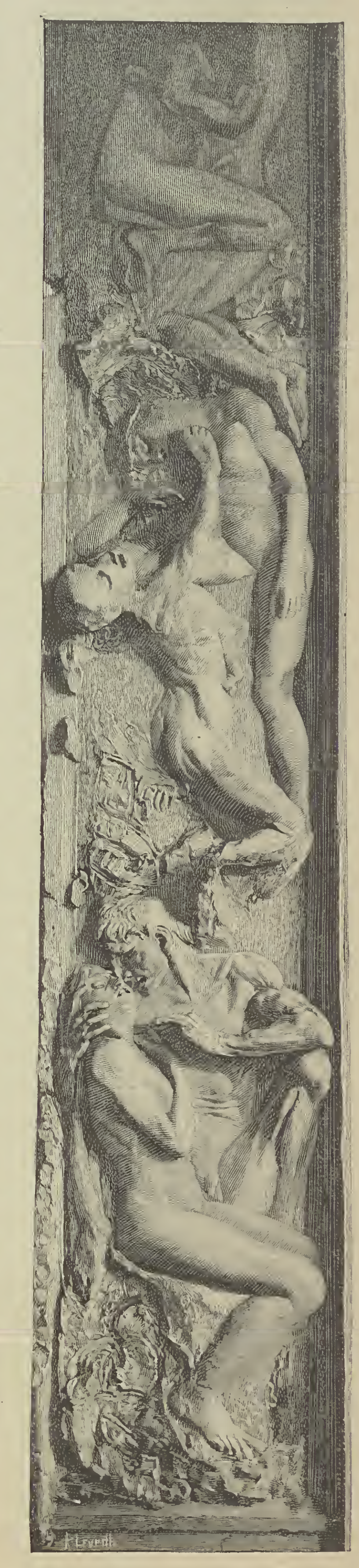
Augusto Rodin nació en París en 1840, lo cual equivale á decir que en la actualidad se encuentra en la plenitud de sus fuerzas físicas y de sus facultades intelectuales. Muy joven entró en el taller de Barye, pero éste, como todos los maestros en quienes se agita el monstruo creador, no sabía enseñar. La juventud gusta de los gestos enérgicos, de las palabras sonoras, de la alegría; Barye era todo lo contrario, de aspecto tímido, silencioso y dado á la melancolía. Rodin abandonó, pues, muy pronto ese taller para entrar en el de Carrier-Belleuse, capricho juvenil que al recordarlo hoy le sorprende y le entristece; mas no puede decirse que fuese alumno de ese artista, aunque hábil, amanerado y trivial, sino que fué desde luego su colaborador. Acontece algunas veces que en una estatuíta de Carrier á un torso sin vigor, de una elegancia floja y de una ejecución descuidada, van unidas unas piernas admirables; pues bien, estas piernas son de Rodin. Otras veces, cuando el torso es bello y las piernas feas, el torso es de Rodin y de Carrier las piernas. De esta suerte pagó aquél con su talento la hospitalidad que le dió este escultor belga cuyo nombre, según creo, ha quedado ya sepultado en el olvido y á quien se confió la ornamentación de la Bolsa de Bruselas: entre las figuras que componen esta decoración fácilmente se distinguen las que son obra de Rodin por lo que se diferencian de las demás: los ojos encariñados con la forma no se engañan, van hacia ellas como en un grupo de desconocidos van hacia el rostro amigo á quien vuelven á ver tras larga ausencia.

Augusto Rodin mientras trabajaba oscuramente en provecho ajeno no perdía el tiempo, sino que aprendía á vencer las dificultades del arte á que se había consagrado y fortalecía su espíritu. Dominado por el afán de conocer cuanto en este mundo vive y piensa y dotado de un profundo sentimiento de la naturaleza y de sus armonías, dábase á sí mismo una de las más sólidas educaciones que conozco por medio de asiduas y escogidas lecturas acompañadas de una reflexión continua y de una observación profunda. Sus amigos saben que debajo de la dulce, delicada y un si es no es astuta tranquilidad de su rostro se ocultan un alma ardiente, energías mentales poderosas y un organismo cerebral maravilloso y potente. No se limita á la investigación de la vida plástica, sino que del músculo se remonta al movimiento y de éste á la voluntad y á todos los fenómenos psíquicos que de la misma derivan. Y no podía ser otra cosa dada la obra que iba á emprender; porque Rodin habrá sido no sólo el más grande estatuario de su tiempo, sino también uno de los pensadores mejor iniciados en los secretos del alma humana y en los misterios de la vida; no sólo expresará la belleza de las formas sino que modelará los impulsos de la pasión y creará en sus obras el pensamiento. Más aún; valiéndose de un pedazo de barro, de cera, de bronce ó de mármol nos presentará, por medio de geniales concepciones metafísicas, la dolorosa síntesis del estado del alma contemporánea.

La primera figura que envía al Salón es *La edad de bronce*. ¡Bella obra! Algunos fragmentos de la misma son más que bellos, son admirables, tanto que el jurado no puede creer que se encuentra en presencia de una obra de arte y neciamente deduce que se trata de un vaciado hecho sobre el natural. El equilibrio del cuerpo, la posición de los brazos acusan, sin embargo, reminiscencias del arte antiguo; ¿qué importa? El jurado no quiere admitir que un estatuario para él desconocido, sea capaz de poseer tal ciencia; además, entre estas gentes del oficio nadie sabe que el vaciado sobre el natural sólo da una impresión de carnes muertas, de líneas frías. Augusto Rodin no tiene que hacer grandes esfuerzos para justificarse, y hecho público el asunto su nombre empieza á llamar la atención; si las hostilidades no escasean, tampoco faltan los defensores y Rodin sale poco á poco de la oscuridad en que hasta entonces ha vivido.

Viene luego un *San Juan Bautista predicando:* en él rompe el estatuario con la tradición, y su arte, apasionado por lo natural y lo humano, su arte, iniciador de formas y de actitudes, se afirma con irresistible elocuencia. Su San Juan es tal como lo había concebido Gustavo Flaubert: una especie de anacoreta salvaje, de vigorosa osamenta, descarnado por las fatigas y los ayunos, cuyos ijares se ahuecan, cuyos riñones se hunden y cuyo torso de gladiador enflaquecido muestra el armazón dolorido y atormentado. Anda á zancadas y su cuerpo derecho y rígido se apoya en unas piernas nerviosas y en unos pies secos que los guijarros y las arenas ardientes del camino han endurecido; y predicando del mismo modo que se lucha, lanza con violento ademán el terrible anatema. Su rostro refleja todos los fulgores místicos, su boca vomita imprecaciones. Mas á pesar de todas estas excelencias, apenas se hace caso de esta obra maestra: París la ve y no la mira; en Londres, en donde es expuesta, por lo menos se la discute.

Pero he aquí que sucesivamente van apareciendo admirables bustos y el

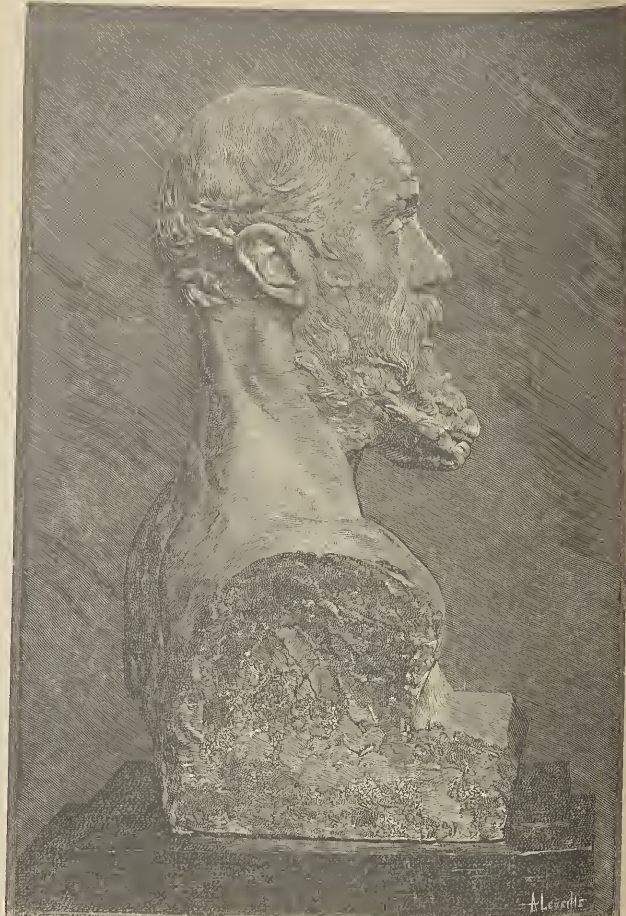


FRAGMENTO DE LA PUERTA DEL PALACIO DE ARTES DECORATIVAS, esculpida por A. Rodin

público se ve obligado á detenerse delante de rostros conocidos ó populares reproducidos por el artista con una intensidad de vida sorprendente que pone de manifiesto el alma del personaje retratado. El primero que surge es Víctor Hugo, anciano y ya próximo á bajar al sepulcro: fisonomía profundamente expresiva en cuyos menores detalles se refleja la luz de aquella inteligencia colosal y fulgurante para la cual parece sobrado estrecho el espacio de un cráneo humano, desfigurado por las sacudidas y por los formidables empujes del genio que aprisiona. Esta es la única imagen del poeta que interpreta fielmente toda la fuerza, toda la inspiración luminosa que se ocultaban detrás de aquella frente á la vez serena como un cielo y agitada como un mar tempestuoso y sólo en ella encontramos la extraña expresión de fauno que se dibujaba siempre en la contraída boca del venerable anciano. Aparece luego Rochefort con su hermosa testa de César romano envilecida por un grotesco tupé de clown; toda la historia del libelista está condensada en ese pedazo de barro extraordinario que el capricho del modelo tuvo largo tiempo sin terminar; la frente indica la audacia y las inquietudes de una vida aventurera, la jactancia ríe, gesticula y se retuerce en unos labios cuya doble expresión de malignidad y de indiferencia se extingue entre los pliegues blandos y satisfechos de los mofletes, los ojos despiden reflejos oblicuos, inciertos, vacilantes... Síguele más tarde M. Dalou, fisonomía nerviosa y agitada, en donde se confunden la astucia y la nobleza y cuyo perfil de intachable curva, atrevido, altanero, porfiado, corta como afilada hoja de acero... Y viene después toda la serie de bustos femeninos, figuras inolvidables, vivientes poemas marcados en su tentador modernismo con el enigma eterno y que cantan en una maravillosa sinfonía de la carne el ensueño que hincha las nacientes gargantas ó que surge de la anómala belleza de las nucas.

Esta vez el público no tiene más remedio que admirar, y si bien no acierta á comprender los esfuerzos y el arte conquistador que esas obras revelan, siéntese, al menos, atraído por un encanto sensual, por sacudidas de emociones físicas que á su pesar vencen y subyugan su acostumbrada inercia mental.

Corre en aquellos días la voz de que Augusto Rodin está trabajando en una puerta colosal que le ha sido encargada con destino al Palacio de Artes decorativas y cuya descripción corre de boca en boca antes de que el artista haya elegido la forma y determinado la disposición que habrá de tener, y se hace de dominio público que los asuntos que en ella se desarrollan están tomados del *Infierno* del Dante. En torno de esa empresa grandiosa créase una verdadera agitación que sube de punto á medida que se van conociendo algunos fragmentos aquí y allí diseminados: de cuando en cuando, aparecen en exposiciones libres pequeños grupos, diminutas figuras animadas por una pasión extraña, nuevas por su expresión y por sus actitudes y ajustadas á un simbolismo violento que desvían al público de sus gustos tradicionales por lo *bonito* estúpido y por lo insignificante: todo un mundo de sufrimiento y de voluptuosidad aullando al contacto del látigo de las lujurias y arrojándose desesperadamente á la nada de las posesiones carnales, á los salvajes vínculos de condenados amores y de besos infames. Los cuerpos, estigmatizados con el mal originario, con el mal de vivir, y presas de la fatalidad y del dolor se buscan, se persiguen, se enlazan, se penetran en sus espasmos y mordeduras y de nuevo caen extenuados, manchados, vencidos, en esta lucha eterna de la bestia humana contra el insaciable y mortífero ideal. Lo que causa viva y penosa impresión en las figuras de Rodin es que mucho más que la lucha feroz de los sexos aparece en ellas representada trágicamente la lucha de las almas que en vano se resisten contra el sufrimiento de la negación moderna y del enervado cansancio de las aspiraciones jamás logradas. Si esas figuras nos conmueven tan violentamente es porque en ellas nos vemos reproducidos, porque en ellas miramos retratados nuestros propios desencantos, porque ellas son, según una frase feliz de Mr. Stephane Mallarmé, «nuestros doloridos camaradas».



BUSTO DE M. JUAN P. LAURENS, por A. Rodin



EL BESO, grupo escultórico de A. Rodin

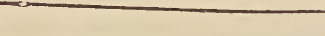
¿Hablaré del grupo de los *Ciudadanos de Calais* actualmente expuesto en las galerías de la calle de Seze? Menester sería disponer de mucho espacio para poder dar una idea de este drama humano en que va mezclada una admirable visión histórica. Todo es digno de ser estudiado, retenido y admirado en esa obra magnífica, la más completamente bella de cuantas ha producido la escultura francesa por la original sencillez de su disposición, por la exuberancia de vida que de ella se desborda, por la trágica majestad que toda ella respira. En la plaza pública de la ciudad sitiada y acosada por el hambre han deliberado seis ciudadanos; han hecho el sacrificio de su vida y van á entregarse al rey de Inglaterra: he aquí todo el argumento de la obra. Ninguna complicación, ningún cuidado por el agrupamiento escénico, por el arabesco; ninguna alegoría, ningún atributo de los tan en boga entre escultores pobres de ideas para expresar la ilusión de éstas: sólo actitudes, expresiones, estados del alma. Los ciudadanos se van. Y á pesar de esto el drama conmueve. No conozco en ningún arte una evocación de almas que más atraiga y cautive: únicamente, quizás, Michelet tuvo algunas veces esas visiones que iluminan los abismos en que yacen los siglos muertos.

No he podido dar más que una noción incompleta y apenas inteligible de la obra ya tan considerable de Augusto Rodin y por él proseguida con entusiasmo y pasión cada día crecientes. Terminaré con las siguientes líneas escritas en 1817 por Stendhal en su *Historia de la pintura en Italia:* «Si en nuestros días de luz existiera un Miguel Angel ¿á dónde no llegaría? ¿qué torrente de sensaciones y goces nuevos no derramaría sobre un público tan bien preparado por el teatro y la novela? ¡Quizás crearía una escultura moderna! ¡quizás obligaría á este arte á expresar las pasiones! Por lo menos, Miguel Angel haría que la escultura expresara los estados del alma».

Stendhal anunciaba, al expresarse así, el advenimiento de Augusto Rodin. ¿Lo presentía tan grande el que admiró á Canova?

OCTAVIO MIRBEAU

(De la *Revue Illustrée*)



LAS MUJERES QUE TRABAJAN

En la mujer, como en todas las cosas, hay tres puntos cardinales: los dos extremos y el *justo medio*. En las altas clases sociales y en la cúspide de la clase media, en ese mundo dorado y brillante, que habita en mansiones suntuosas, que se reclina en los almohadones de Binder, que aspira los perfumes del opoponax, que bebe el rubí desleído en el Borgoña y el rayo del sol poniente en el Jerez ó en el *Champagne;* la mujer generalmente vive ociosa, ocupada solamente en dar mayor realce á sus atractivos.

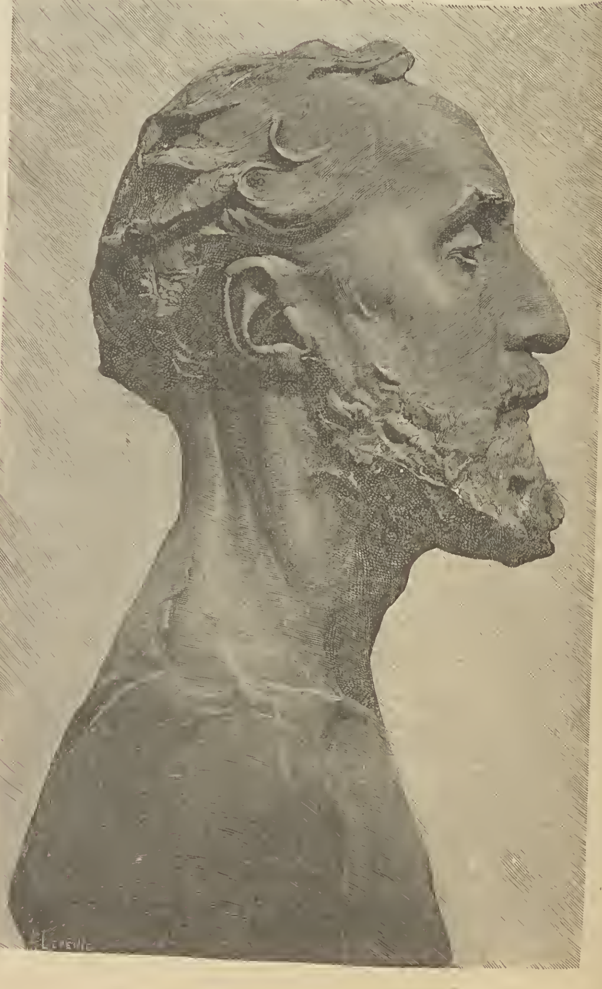
Claro está que en el orden material y aun moral, hasta cierto punto, esta clase de mujeres es la más deslumbrante y apetitosa. El lujo de que se rodea la sirve como de un nimbo esplendoroso, las delicadezas femeniles adquieren mayor relieve, y la mujer es más que hermosa, es punto de intersección de la felicidad á que aspira el hombre.

En esas clases sociales, la mujer admirada y continuamente requerida, afina su entendimiento, y se reviste de todas sus armas para ganar las más victorias posibles. La ociosidad multiplica sus deseos, y por lo general, es lo menos hija, lo menos esposa, lo menos madre posible: es sólo mujer.

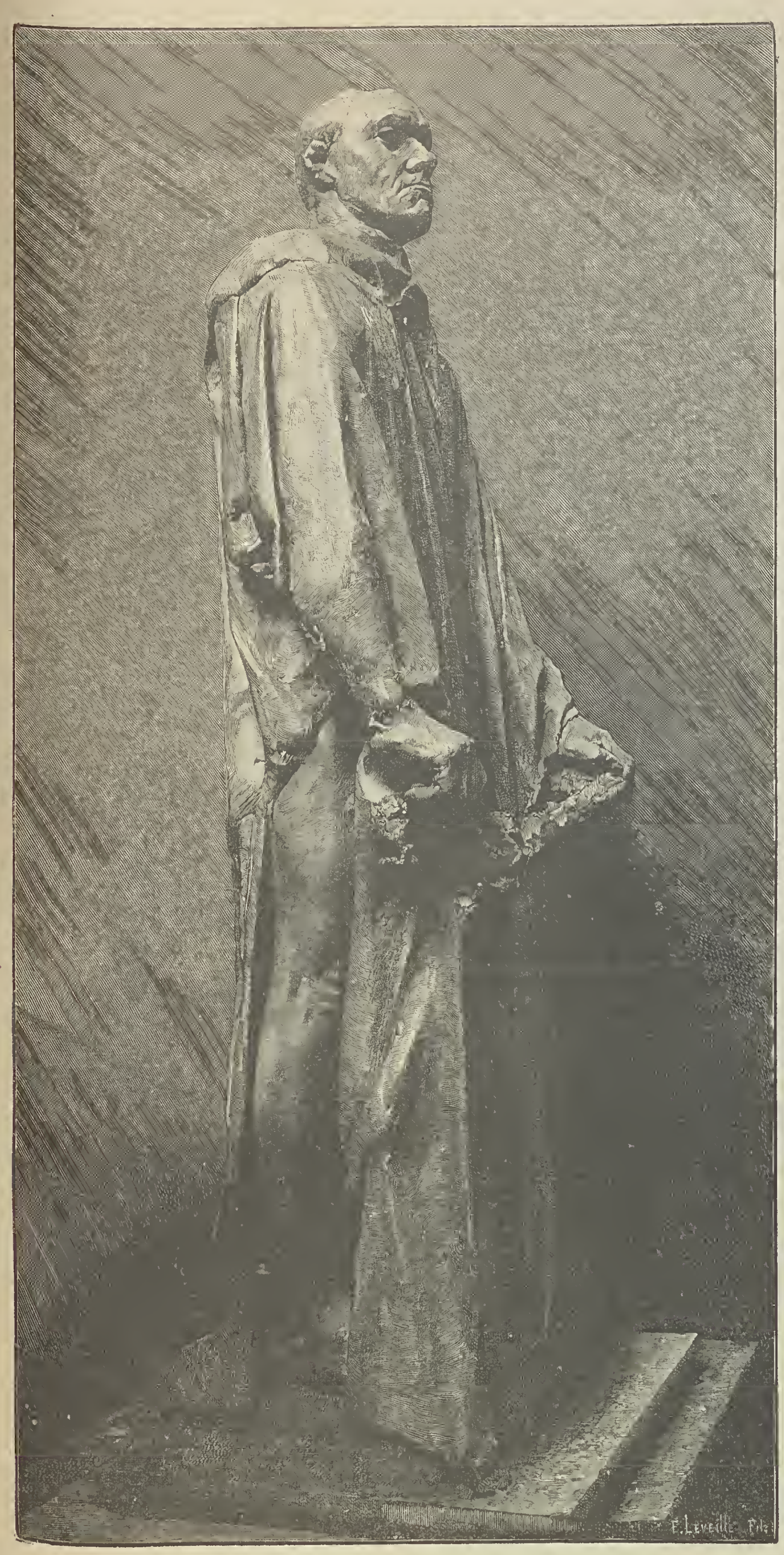
Acostumbrada á que todo el mundo se fije en ella, vive para los demás. Para ella no existe el hogar, propiamente dicho, puesto que su casa es sólo como una tienda de campaña en donde descansa de los placeres exteriores de la vida. Su existencia es una continua excitación de los sentidos en la que la mayor parte de las veces se gastan las fibras íntimas y sensibles del corazón.

Los devaneos de esta clase de mujeres, á veces se asemejan á pasiones. A veces ofrecen rasgos extraordinarios, y hasta cometen crímenes que parecen hijos de la energía del sentimiento. A veces también una mujer del gran mundo le sorprende con resoluciones extremas: se retrae de él, y hasta se encierra en un convento; pero en la mayor parte de los casos, estos movimientos obedecen más al hastío ó al orgullo, que á la verdadera sensibilidad: es una exhibición más que toma distinto carácter.

Bajo el punto de vista de la estética, esta clase de mujeres son pues superiores. Conservan largo tiempo los



BUSTO DE M. DALOU, por A. Rodin


CIUDADANO DE CALAIS, fragmento del grupo de A. Rodin

rasgos salientes de su belleza, y los perfiles de ésta son más acabados. Sólo en estas mujeres se hallan las filigranas elegantes que son complemento de su sexo: las manos blancas y delicadas, los pies de líneas esculturales, las cabelleras opulentas y sostenidas á fuerza de cuidados y los atractivos de la imaginación y de la palabra refinadas por el uso constante.

Pero con estas mujeres que están en la cúspide de la sociedad, sucede lo que con la nieve, que deslumbra y enfría.

Dice un filósofo:

«La idea más grande predicada en el mundo ha sido la de la emancipación de la mujer; pero la emancipación de la mujer tal como la explicó Jesús de Nazaret, bebiendo en el cántaro de la extranjera samaritana, conversando en instructiva plática con María, mientras Marta se afanaba en los quehaceres de la casa; dejándose ungir por Magdalena la cortesana; defendiendo á la adúltera contra los hipócritas que la condenaban.

»Reputamos infames las costumbres de los pueblos que hacen á sus mujeres cultivar los campos y que las dedican á todas las faenas de la industria y del comercio. De todos los seres creados, el hombre es el único que pide á su hembra cooperación en el trabajo para procurarse el sustento: á la mujer, ente delicado, impresionable, dotado, sí, de gran pasibilidad para sufrir las contingencias de la reproducción y crianza de su especie, pero incapaz de sobrellevar las fatigas de la fuerza bruta y de la labor activa.

»La mujer debe ser como una cuerda, que para que resulte armoniosa, debe estar templada en su punto: si se sale de él no suena, ó suena mal, ó estalla»...

Los anteriores párrafos se refieren á esa clase de mujeres, que no sólo en los pueblos salvajes, sino que también en los países más civilizados trabajan rudamente, ofreciendo en estos últimos un contrasentido más incomprensible. En Africa, en el extremo norte y en muchas comarcas del Asia y de la Oceanía, todas las mujeres son exclusivamente hembras para la reproducción de la especie, pero *compañeros*, digámoslo así, del hombre para procurarse la subsistencia que comparten. Aunque contrario á las leyes de la naturaleza, esto es explicable; pero ¿cómo comprender que en el mundo civilizado haya tanta desigualdad en la suerte de la mujer?

Unas ociosas enteramente, elevadas sobre un pedestal á cuyo pie se consumen riquezas y pasiones: otras como en Alemania, las provincias Vascas y muchas más localidades, sujetas á las faenas del gañán y de la bestia de carga: ¿es esto comprensible?

Aun en las grandes poblaciones, la mujer se ve reducida á las más rudas faenas, que acortan su vida: expuesta al rigor de los elementos, mal alimentada, y sobrellevando dos cargas; las propias del hombre y las anexas á su sexo. El oficio del lavado de la ropa á brazo, al lado del agua, que es casi exclusivo de la mujer, constituye una ocupación peligrosa para su organismo, y una aberración rutinaria en la civilización moderna.

Como esta tarea podría citar muchas á cual más nocivas. La mujer pobre es la esclava actual. Como se descuida su instrucción, no puede salirse de su esfera. Aunque tenga el don de la hermosura, ésta, acompañada de inteligencia ruda ó sin cultivar, sólo sirve para caer en el vicio ínfimo y degradante, que en breve tiempo la sume en la miseria anticipando la vejez.

He mencionado los dos polos opuestos femeninos: los dos puntos cardinales, cuyos extremos se tocan á veces.

Voy á ocuparme del punto central, del *justo medio*, tan baqueteado por los filósofos de ciertas escuelas, y por las escuelas políticas extremas.

Porque después de torturar la imaginación, buscando las fuentes del bien y del mal; no obstante las declamaciones demagógicas y comunistas, no hay más remedio que apoyarse en el *justo medio* para encontrar la posible perfección.

El *omnia extrema*... será siempre un axioma incontrovertible.

El *justo medio* de la mujer, en la sociedad actual, es la mujer que trabaja en faenas no extremadas y penosas, sino en las que se adaptan á su naturaleza.

La mujer ociosa gasta su corazón y sus sentidos, la mujer ocupada en trabajos rudos y varoniles pierde su delicadeza nativa y se convierte en un ser híbrido.

Entre estos dos polos opuestos, existe la mujer que se atarea moderadamente, que se apoya en el trabajo para encauzar su imaginación, propensa á desbordarse, que siente la satisfacción de ser útil á sí propia y á los demás, que conserva la fuerza de corazón, de que no abusa, y las impresiones del placer en el que no se extralimita.

Sólo esta clase de mujeres pueden proporcionar al hombre la verdadera felicidad, en la relación de los sexos; únicamente esta clase de mujeres ofrecen garantías de ser buenas hijas, esposas y madres.

El trabajo las ennoblece sin ajar su belleza, ni gastar sus sensaciones. La propia estimación, las preserva de los peligros del mundo. Si se unen á un hombre honrado y trabajador, están á su nivel; si tropiezan con un compañero inútil ó vicioso, son sus superiores, y en medio de sus tristezas, sienten las satisfacciones del sacrificio.

Las múltiples exigencias de la civilización moderna han hecho surgir esta clase de mujeres. En la antigüedad y en la edad media, casi no se conocían más que dos tipos femeninos: la señora y la sierva. La primera enteramente ociosa en Oriente, en Grecia y en Roma, y sólo ligeramente ocupada en improductivas tareas en los siglos medios: la segunda afanada duramente en servir á sus señores, reducida casi á cosa, sin esperanzas de salir de su estado, sin casi sentir las expansiones del amor y la maternidad; puesto que era sólo un instrumento de reproducción, que no podía constituir familia.

¡Costureras en casa ó ambulantes, peinadoras, planchadoras, ribeteadoras, bordadoras, modistas: yo os saludo!

Vosotras sois las hadas de este siglo, los genios de *las mil y una noches* que se suceden incesantemente en los mundos de la elegancia. Como las napeas que depuran las aguas corrientes, como las hamadríadas que pulen y entretejen las plantas y las frondas, como los gnomos que sazonan las semillas de la tierra, como los limax, que envueltos en la niebla separan de ésta las materias impuras, como las salamandras que encienden las partículas ígneas; vosotras, modestas y silenciosas, contribuís á la cultura y belleza del mundo. Puede decirse que sin vosotras no habría hermosura y elegancia. Vuestra rara inventiva, vuestro asiduo trabajo, vuestros lindos dedos, crean esas maravillas que luego describen tan minuciosamente los cronistas de los salones.

Estáis en contacto con ese mundo de oro y de fango, sin contaminaros de sus impurezas. No ostentáis galas deslumbrantes, no lucís aderezos heredados, pero tenéis la satisfacción de que todo cuanto poseéis es producto de vuestro trabajo. El traje de cretona, el *fichú* que ciñe vuestro cuerpo, la púa ó el alfiler que se clava en vuestros cabellos, el mantón que os abriga, y hasta el zapatito que os calza, muchas veces es obra vuestra.

Tenéis la alegría que proporciona el deber cumplido, los contrastes del placer y del trabajo, la conciencia de vuestra fuerza que es origen de la virtud. Pasáis con compasivo desdén al lado de esas mujeres vendidas al amor sensual, os rozáis sin envidia con esas reinas ociosas de la moda: no tenéis como aquéllas el hospital ó la galera por porvenir; no sentís como éstas el hastío y la decepción; gozáis de los deliquios del amor sin sus extravíos, y vuestra existencia se desliza como una mansa corriente que sortea los escollos y las sirtes.

¿No da gozo ver las calles de París ó de Madrid cuando suenan las ocho de la noche? cuando *las mujeres que trabajan* suspenden sus faenas, y cruzan por todas partes alegres y satisfechas del empleo del día? Sus pies desentumecidos del trabajo sedentario, apenas tocan la tierra, su talle se cimbrea como una palmera que ha dado valiosos frutos, y sus ojos están llenos de promesas de amor honrado.

Andan de prisa, porque están alegres, y las esperan. Las esperan sus familias de las que son contento y sostén, ó tal vez alguno que murmura á su oído dulces frases de amor.

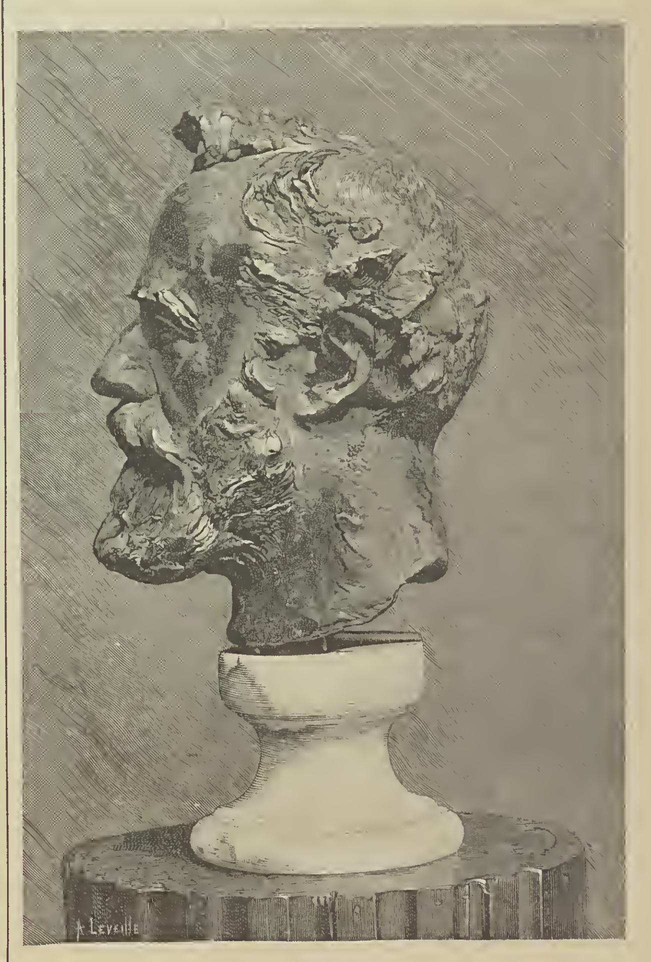
¡Oh! entonces ¡qué expansiones tan completamente gozadas, qué paréntesis tan sabroso de las cuotidianas tareas, qué días de fiesta tan halagüeños aprovechados en el Parque de Madrid, en el baile Felipe, en las riberas del Marne ó en el jardín Boulier! Estos placeres son gratos porque son justos y merecidos, y no dejan zozobra en la conciencia.

Encajeras, planchadoras, ribeteadoras, costureras, en los tiempos pasados os hallabais escondidas como nebulosas, pero en el siglo XIX habéis aparecido como una pléyade de brillantes estrellas.

Tenéis un mismo padre: el trabajo. Descendéis de una misma madre: la modista...

¡Oh! ¡la modista! Temo ocuparme de ella: de ese conjunto tan raro de aire y de fuego, aéreo, *inasible*, volátil, indefinible como la luz, escurridizo como la anguila, con más facetas que un diamante y tan duro como éste á la apreciación psicológica.

Ante todo protesto y digo que no entiendo ni alcanzo la razón en qué se funda ese tono ligero y hasta sarcás


BUSTO DE M. LEGROS, por A. Rodin



LA EDAD DE PIEDRA, cuadro de Cormon. Agua fuerte de Lecouteaux (Exposición decenal de Bellas Artes en París)

tico á veces, en que se ha escrito y hablado de la modista, cuando ésta, según mi leal saber y entender, es uno de los tipos más beneméritos y hasta magnánimos de todo el sexo femenino.

¿Quién hallará mujer fuerte? ha dicho Calderón, y yo contestaré: cualquiera que ha tropezado con una modista. Porque la modista, además de vencer las contingencias de la vida, se vence á sí misma: quiero decir que lucha contra su temperamento y aficiones. Su cabeza la eleva á los devaneos y distinciones sociales, con los que está en perpetuo contacto; su buen juicio la retiene en el límite de sus deberes.

Sus merecimientos son mayores, por cuanto son más grandes sus luchas y sus victorias. Tiene la indolencia nativa de la gran señora y la imaginación extraviada y exuberante de la *cocotte;* y sin embargo trabaja.

¿Puede pedirse más sacrificio y abnegación?

He dicho que la modista es madre y generadora de *las mujeres que trabajan* en oficios adecuados á su sexo, porque aquélla, en la verdadera y genuina expresión de la palabra, comenzó á diseñarse allí por los tiempos de Goya y de D. Ramón de la Cruz, pues aunque en los anteriores seguramente habría damas que no se confeccionasen sus trajes y se hicieran sus camisas, como la Reina Isabel la Católica, la ocupación de la modista no constituía un oficio (arte, ustedes perdonen) con establecimiento abierto, maestras, oficialas, aprendizas y demás zarandajas.

De la población de los barrios llamados en Madrid *bajos*, aunque estén tan en alto como el de Maravillas, nacieron dos tipos que han adquirido cierta celebridad: la manola y la modista. El primero se ha extinguido como los animales antediluvianos; el segundo existe como todo lo útil unido á lo bello. Manola y modista, ambas hijas del pueblo y teniendo que ganarse más ó menos el sustento, debían procurárselo según la aptitud de cada una de ellas. Aquélla, más ruda, más fuerte, más despreocupada, se dedicaba á tareas materialmente trabajosas; ésta, más delicada é inteligente, á ocupaciones sedentarias y más en armonía con su organización.

De aquí el antagonismo entre ambas, ó mejor dicho, por parte de la primera.

Hasta hace algunos años la población ínfima de Madrid se ha singularizado por su antipatía hacia las clases más elevadas, y desgraciados el *señor de levita ó la señora de gorro*, que se aventuraban á transitar por las calles de Embajadores, Sombrerete ó Peña de Francia, pues corrían riesgo de sufrir un peñascazo en la cabeza ó por lo menos una silba parecida á la que propinaron al general Murat en la Puerta del Sol, el día 1.° de mayo de 1808. El pueblo bajo de la Corte de España se distinguió también entre los demás de la Península por su odio á todo lo extranjero, y como el gorro (ó sea sombrero de señora) tenía esta procedencia, y como entonces á la confeccionadora del gorro llamábase la modista, de aquí la aversión hacia esta inocente clase, para la cual eran los barrios extremos tan peligrosos, como la barra de Sanlúcar para las embarcaciones.

Los escritores populares siempre han basado sus chistes en el halago de los instintos del pueblo; por tanto no me extraña que D. Ramón de la Cruz en un sainete: *Las castañeras picadas*, pusiese en boca de una de sus protagonistas los siguientes versos:

Conforme otras holgazanas
Se dedican á modistas,
Nosotras á asar castañas.

¿Holgazanas las modistas ¡válgame Dios! cuando son las que tienen el trabajo más transparente?

Una gran parte de *las mujeres que trabajan* lo hacen en la vida privada, como las que cosen guantes, las encajeras, las costureras á domicilio y las peinadoras; pero las modistas y muchas planchadoras con tienda practican públicamente sus faenas, y da gloria ver á través de cristales, esas lindas manos golpeando camisas ó enaguas, ó bien manejando la aguja en corro á lo largo de un mostrador. Esos grupos de jóvenes, conteniendo risas inocentes, ó lanzando hacia la calle furtivas miradas, esa aguja veloz, esas puntadas incesantes, esa imaginación reprimida por el deber; representan el trabajo honrado, la familia alimentada y la salud del alma y del cuerpo.

En los tiempos de D. Ramón de la Cruz, cuando no había tertulianas de café, discípulas del Conservatorio, ni hijas de víctimas de Gandesa ó de cualquiera otra parte, la holgazanería podía disfrazarse de costurera para ocultar su haraganería y los turbios manantiales de su vida; pero ahora la ciencia social ha adelantado, los géneros están clasificados en familias, se conoce el género corista, conservatorio, cuco, pupilero y otros innumerables, más ó menos oscuros, antípodas del de las mujeres que verdaderamente trabajan y que parece como que llevan un fanal en la frente.

Pero ¡cosa rara! estas beneméritas mujeres, por lo general jóvenes, han variado de idiosincrasia en su parte exterior. Antes, todas las que se dedicaban á labores de mano, tenían tendencias á vestir con elegancia: usaban mantillas, velitos de ilusión y hasta sombreros, calzaban guantes y ceñíanse al cuerpo abrigos de corte distinguido: hoy la clase ha declinado: salvas algunas excepciones, hase democratizado.

Domina el tipo chulesco. Grandes mantones ceñidos, faldas con conatos de cola, y hasta pañuelo á la cabeza.

¿A qué se debe esa trasformación?

Si bien es verdad la ha habido en todas las clases. Aun recuerdo cuando en Madrid hasta los aprendices de zapatero usaban sombrero de copa, mientras que en la actualidad, hay grandes de España que guían troncos de sangre pura, cubiertos con el popular *hongo*.

¿Habrá comenzado por el traje la igualdad humana?

Afortunadamente las mujeres, si son bonitas, lo son á pesar de todas las extravagancias; de no, ¿cómo podrían verse, sin espanto, las visiones que, en forma de sombrero, se ponen á la cabeza? esas torres blindadas, esos promontorios de cintas, flores y hasta legumbres? Todavía me acuerdo de la época del miriñaque (Q. E. P. D.). ¿Hase soñado una cosa más antiestética? Las mujeres parecían campanas, y sin embargo nos encantaban.

El miriñaque me hace comprender la siguiente frase de un filósofo amigo mío:

«La mujer no es bonita: nos lo parece. Nuestras miradas la prestan atractivos ficticios.»

¡Mujeres que trabajáis, vuelvo á saludaros con efusión! Seguid esa senda por donde marcháis derechas á la felicidad y al... matrimonio. Si todas fuesen como vosotras, habría menos célibes, porque vosotras no sois carga, sino paladín del hombre. Vosotras con vuestro trabajo encendéis la lumbre del hogar doméstico, y con vuestras honestas y no gastadas caricias la llama del corazón.

Dais vuestra ternura espontáneamente y sin ningún fin avieso. Cuando el hombre se civilice y os conozca á fondo, sólo os buscará á vosotras despreciando á las mujeres ociosas y á las mujeres vendidas.

Porque con razón, después de haberos estudiado profundamente, un gran novelista y pensador ha añadido esta bienaventuranza á las ya conocidas:

«¡Bienaventuradas *las mujeres que trabajan*, porque de ellas es el reino del amor!»

JACINTO ESCOBAR

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN